

# Sobre la obra de Leonel González



**Acrílico sobre tela, del pintor Leonel González, que a partir de hoy martes, a las 7:30 p.m., presentará su obra en el Museo de Arte Contemporáneo.**

**Carlos Espartaco**

Los diversos lugares de filiación de las pinturas de Leonel González, indican su convergencia en uno solo, como unívoco referente de su totalidad pintada, el lugar por excelencia de su obra es América Latina. Esto no quiere decir que el territorio de elección de la pintura de L. González, fuera un espacio omnívoro y fagotizador de la subjetividad del artista, que mantiene su distancia frente a la homologación del o los significados.

Sobrevolar, su pintura indica marcar la diacronía de la que surge y también, la sincronía que lo pulsiona y profundiza su "economía libidinal".

En efecto, podemos inventariar de inmediato a los signos que adhiere o, mejor aún, el hecho de su emergencia y la inscripción de los índices como producto de la extensión de su manualidad en una traza o "huella genuina", sin desviaciones del pensamiento primitivo que en el desarrollo de sus superficies, retorna la legítima postura jerárquica entre elementos que buscan la concurrencia de factores capaces de fomentar la unidad deseada.

Antes de entrar en la consideración de su traza singular, podemos decir que es un creador de formas y no un creyente en los conceptos. Leonel González, retrata en sus pinturas el segundo acto de su propia historia y la nuestra: sus inscripciones que son diversiformes, buscan el cruzamiento de lenguajes (metáfora del mestizaje), apoyándose en un trabajo desarrollado sobre el fondo del soporte.

Este segundo acto, hace evocar un tiempo de nacimiento indefinido, que remite a la historia del pintor: es el acto donde las figuras son el primer testimonio y la "primera traza". Un mismo origen se repite indefinidamente en el lugar que la interdicción de su registro lucha entre la vida y la muerte, trazando los límites de un espacio reservado que instaure la posibilidad de su despliegue; espacio protegido del trabajo de la producción y del cálculo.

La identidad de esos dos momentos -la interdicción se decide en el tiempo de la nocturnidad- momento que piensa la diurnidad de la pintura, que hace de la propia interdicción el elemento material y productor de la historia del pintor a través de todos los desplazamientos a los que da lugar y transforma en el juego mayor: el movimiento quebrado de un nacimiento, que prima al origen de cualquier poder fundador: lo

que en las pinturas de Leonel González se describe como el pasaje del Homo Faber al Homo Sapiens, más allá de una simple relación inherente que la torna instrumental y utilitaria con la naturaleza, Leonel González, ha condensado las figuras con sus trazas de pincel, hurga en la figuración y la reduce a signo. Como si, en el momento mismo donde se fragmenta la evidencia de la imagen, el cruce de las trazas metafórica la figura humana. Primer gesto de soberanía que le permite la inscripción del movimiento de la vida y la presencia de la muerte, legitimando la interdicción del espacio figurativo.

Aquí, restablece el espacio de ese no lugar del origen -porque la asignación de un origen puntual es imposible e impensable- donde las representaciones explotarian, en el espesor de signos reinscritos y la sobrecarga de las figuras se opondría al encadenamiento de los gestos del artista que son los matrices de su inscripción en el "arte".

Esta riqueza de su gestualidad, se sitúa en la diferencia y la articulación del trabajo y del juego, de lo profano y lo sagrado, entre la prohibición y la transgresión. Y esto debe ser leído como el desplazamiento de cada uno de esos términos frente a la amenaza de su condensación, como el recorrido quebrado donde se cumple el pasaje de lo discontinuo -el mundo significante de individuos y de "cosas" delimitadas- al continuo -como espacio socavado por la violencia y la muerte-, figuras mayores de una pérdida sin compensación posible. He ahí, el primer presagio de una proposición que atraviesa por entero el Erotismo: el espacio de la interdicción está reglado por una lógica del contragolpe.

Entonces, si nos retrotraemos a esa América prístina, donde el hombre luchaba con el animal para afirmar su espacio, comprobamos que Leonel González, rescata el valor del signo, en la medida que éste es el índice y el efecto de la diferencia entre el hombre y el animal y, simultáneamente el retransmisor de una presencia simple y sin distancia, el signo es la inscripción material que fija la imagen de la animalidad en el momento que acaba de dejarla. Y también, el pintor como representante del hombre, sobrepasa el orden utilitario, primero del trabajo para figurarse que interrumpe sin apelación a recurso alguno, y destruir, la regularidad de ese trabajo y "la tranquila espera que es el fundamento de todo trabajo".

Estas son las trazas que se pueden leer en las pinturas de Leonel González, podríamos evocar una analogía posible con la escritura... sus pinceladas que rematan en extensas composiciones de signos, configuraciones geométricas complejas y puntuaciones, forman sin ninguna duda un conjunto bastante inteligible. Nosotros podríamos soñar con modos de expresión del pensamiento análogos en su rudimento a la escritura.

## Nieto de Rubén Darío



**TRANSPARENCY INTERNATIONAL (TI)**  
CAPITULO DE LA REPUBLICA DE PANAMA

TRABAJO DE OBSERVACION